



unánimes

Estudios bíblicos

O: Carta a los Romanos

22.- Elección y rechazo divinos



unánimes

Estudios Bíblicos

O.22.- Elección y rechazo divinos

1. El texto

Romanos 9:6-18

No que la palabra de Dios haya fallado, porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos suyos, sino: «En Isaac te será llamada descendencia». Esto es: no son hijos de Dios los hijos según la carne, sino que son contados como descendencia los hijos según la promesa, pues la palabra de la promesa es esta: «Por este tiempo vendré y Sara tendrá un hijo».

Pero no solo esto, pues también Rebeca concibió de un solo hombre, de Isaac nuestro padre. No habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal (para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciera, no por las obras sino por el que llama), cuando Dios le dijo a Rebeca: «El mayor servirá al menor». Como está escrito: «A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí».

¿Qué, pues, diremos? ¿Que hay injusticia en Dios? ¡De ninguna manera!, pues a Moisés dice: «Tendré misericordia del que yo tenga misericordia y me compadeceré del que yo me compadezca». Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia, porque la Escritura dice al faraón: «Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra». De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece.

2. Introducción

¿El que los judíos rechazaran y crucificaran a Jesús, el Hijo de Dios, ¿quiere decir que el propósito de Dios quedó frustrado, y fracasado Su plan? Pablo está convencido de que eso no puede ser. De hecho, no todos los judíos rechazaron a Jesús; algunos le aceptaron, porque no cabe duda que todos sus primeros seguidores eran judíos, lo mismo que Pablo.

«Ahora bien dice, a lo largo de la historia de Israel vemos el proceso de selección una y otra vez en funcionamiento. Una y otra vez vemos que no eran todos los judíos los que estaban en el designio de Dios. Algunos estaban, y otros no. La línea de la nación con la que Dios contaba, y por medio de la cual obraba para llevar adelante Su plan, no eran todos los descendientes de Abraham. No es la mera descendencia física la que cuenta, sino la selección, la elección de Dios.

3. Dios no falla

No que la palabra de Dios haya fallado, porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos suyos, sino: «En Isaac te será llamada descendencia». Esto es: no son hijos de Dios los hijos según la carne, sino que son contados como descendencia los hijos según la promesa,

Pablo da la impresión de temer que su afirmación respecto a su gran pena a incesante angustia pudiera interpretarse como si él quisiera decir que la palabra de Dios—su promesa respecto a Israel—hubiese fallado, que su propósito se hubiese frustrado. De manera que el apóstol pasa a explicar que, aunque maravillosa promesa se había hecho a Israel, dicha promesa nunca fue dada con la intención de que se cumpliera en toda la nación, sino solamente en el verdadero Israel.

El pensamiento que se expresa aquí es esencialmente el mismo que ya hemos hallado antes. La promesa del pacto no estaba destinada a cumplirse en todos los descendientes de Abraham o de Israel, sino solamente en los corazones y vidas de aquellos que, por gracia de Dios, pusieran su confianza en él y se esforzaran en obedecer su voluntad por gratitud. Además, en consonancia con todo esto, la línea del pacto pasaría por Isaac. Era él quien sería contado como simiente de Abraham, y en quien se cumpliría la promesa del pacto. Isaac fue la verdadera simiente, no Ismael. Del mismo modo lo fue Jacob, no Esaú.

Es importante destacar que si bien la expresión: “*porque no todos los que descienden de Israel son israelitas*”, tiene una formulación negativa, la implicancia positiva es: “Hay, por cierto, un verdadero Israel. El rechazo de Israel por parte de Dios no es total ni completo”. Su palabra no ha fallado ni fallará nunca. El remanente será salvo.

A los hijos de Dios se los llama aquí “hijos de la promesa”, ¡una designación notablemente hermosa! Su nacimiento espiritual no se debió a nada presente en ellos sino enteramente a la promesa del pacto de Dios. ¡Fue la promesa la que los hizo nacer! Ellos “no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, mas de Dios” como afirma el evangelio de Juan, realidad que queda ejemplificada claramente en el relato del nacimiento de Isaac, al que se hace referencia en este versículo.

4. La promesa, Sara e Isaac

...pues la palabra de la promesa es esta: «Por este tiempo vendré y Sara tendrá un hijo».

Como lo señala el término conjuntivo “pues”, lo que sigue demuestra que los hijos naturales de Abraham no son necesariamente los hijos de Dios y que solamente pueden reclamar para sí esa distinción los que son producto de la promesa de Dios, de su gracia soberana.

Notemos la posición enfática de “... *la palabra de la promesa es esta*”. Esto es seguido por la asombrosa declaración que el tiempo señalado—es decir, el año próximo Sara, aquella esposa que según el libro del Génesis era estéril, y además había pasado la edad de tener hijos, y que tenía noventa años, daría a luz un hijo. Y no sólo esto, sino que ¡el hijo sería varón!

Que esto sucediera parecía tan imposible que cuando el Señor le dijo a Abraham que iba a tener un hijo de Sara, él había contestado: “¿A un hombre de cien años le ha de nacer un hijo? ¿Y Sara, ya de noventa años, ha de concebir?”. Y aunque Abraham probablemente dominó rápidamente su previa duda, aun más tarde Sara había recibido la promesa de un hijo con la risa de la incredulidad.

La promesa, no obstante, se cumplió, demostrando que Isaac era en realidad el hijo de la promesa, producto sólo del poder y de la gracia divinos y soberanos. Dios había vuelto; es decir, su promesa se había cumplido en cada detalle.

En consecuencia, Pablo ha dejado bien claro que la habilidad de rastrear la propia genealogía hasta Abraham no autoriza a ninguna persona a creer que heredará lo que le fue prometido a Abraham. Lo que importa es saber si pertenece a esa simiente de Abraham que se origina en la gracia, la voluntad y la disposición soberanas del Dios Todopoderoso.

De ninguna parte es asunto de mérito humano. La historia misma de Abraham y Sara lo hace claro. Si de lo que se ha dicho hasta ahora respecto a Sara se llegara a la conclusión que, juzgada según lo espiritual, ella estaba muy por debajo de Abraham, debería indicarse que, en términos generales, la evaluación que la Escritura hace de ella es buena. Abraham seguramente debe haberla amado.

A Abraham no le fue tan bien como probablemente hubiéramos esperado. A pesar de todas las circunstancias atenuantes que se puedan presentar en su defensa, lo que él hizo, según se consta en algunos capítulos del Génesis (12:10s y 20:1s), fue repugnante. Tampoco Isaac, aunque sin duda era hijo de Dios fue en manera alguna perfecto.

La única conclusión a la que podemos llegar es que, en el caso de Abraham, de Sara, y de su hijo Isaac, la salvación—apropiada por medio de la fe—fue claramente un asunto de gracia divina soberana. El mérito humano nada tuvo que ver con ella.

Además, que la salvación y la posición preferencial en el linaje del pacto son indudablemente asuntos de gracia, dones que provienen de la voluntad y del poder soberanos de Dios, es algo que queda aún más notablemente ilustrado en la historia de Rebeca:

5. Rebeca, Jacob y Esaú

Pero no solo esto, pues también Rebeca concibió de un solo hombre, de Isaac nuestro padre. No habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal (para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciera, no por las obras sino por el que llama), cuando Dios le dijo a Rebeca: «El mayor servirá al menor». Como está escrito: «A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí».

En defensa de su argumento, Pablo dice: “Pero no sólo esto”; esto es: “No consideren solamente el caso de Isaac e Ismael”. En el caso de ellos uno podría sentirse tentado a discutir que la razón por la que el linaje del pacto pasó por Isaac y no por Ismael estaba en que la madre de Isaac era Sara, en tanto que la madre de Ismael era Hagar, la criada esclava egipcia de Sara. Jacob y Esaú, sin embargo, no solamente tenían el mismo padre sino también la misma madre y fueron concebidos en el mismo momento. Eran mellizos, aunque Esaú nació inmediatamente antes que Jacob, por lo que era “el mayor”.

Notemos también lo siguiente: en el caso de los hijos de Abraham era posible señalar el contraste que había en la causa de su nacimiento. Ismael era, en cierto sentido, el producto de la maquinación pecaminosa de sus padres, pero Isaac era el cumplimiento de la promesa de Dios.

Nada parecido a esto hubo en el caso de Jacob y Esaú. Ambos nacieron como respuesta a una oración. Con todo, y a pesar de sus notables parecidos, aun antes que estos mellizos hubiesen nacido a hubiesen hecho algo bueno o malo, ya se le había dicho a su madre: “El mayor servirá al menor” (cita tomada de Génesis 25:23). Y esto es lo que de hecho sucedió, ya que no solamente perdió Esaú la primogenitura—recibiéndola Jacob—, sino que este último obtuvo la bendición que su padre Isaac, oponiéndose a la voluntad de Dios, había querido pronunciar sobre Esaú.

El contraste fue, sin embargo, aún mayor, ya que, citando al profeta Malaquías, el apóstol agrega: “como está escrito, ‘A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí’”. El propósito divino, partiendo de la elección y ejecutando su designio, determina quien será salvo. Todo depende del Dios que llama (que eficazmente atrae) a algunos y no a otros.

Lo que Pablo dice, entonces, es esto: Al fin y al cabo, la razón por la que alguna gente es aceptada y otra rechazada está en que Dios así lo decretó. La voluntad divina y soberana es la fuente tanto de la elección como de la reprobación. La responsabilidad humana no es cancelada, pero no existe algo así como el mérito humano. El propósito eterno de Dios no se basa al final en las obras humanas.

6. Reflexiones sobre la elección y la reprobación

Como es bien sabido, a este pasaje se lo considera como texto de comprobación de la doctrina de la predestinación: la elección y la reprobación. La predestinación es el eterno propósito divino por el cual él ha ordenado de antemano todo lo que acontecerá. La elección puede definirse como el propósito eterno de Dios de hacer que determinadas personas sean en Cristo los recipientes de la gracia especial, para que puedan vivir para la gloria de Dios y obtener la salvación. La reprobación es el propósito eterno de Dios de pasar por alto a determinadas personas en el otorgamiento de la gracia especial, destinándolos al castigo eterno por sus pecados.

Si bien ambos decretos son igualmente definitivos, sería erróneo pensar que son iguales en todo concepto. Por ejemplo, aunque el pecado es sin duda la causa que merece el castigo mencionado en el decreto de reprobación, la fe no es la causa que merece la salvación a la cual se refiere la definición del decreto de la elección. “En cierto sentido, la caída, el pecado y el castigo eterno están incluidos en el decreto de Dios, y han sido determinados por él. Pero esto es así solamente en cierto sentido, y no en el mismo sentido que la gracia y la salvación. Estas son objetos de su deleite, pero Dios no se deleita en el pecado, ni tampoco siente placer en el castigo”.

A veces se hace esta pregunta: “¿Cómo fue posible que un Dios de amor ordenara a ciertas personas al castigo eterno?” Una pregunta más lógica sería: “¿Cómo fue posible que un Dios cuya justicia demanda que el pecado sea castigado ordenara a ciertas personas a la vida y la gloria eternas?” ¡Ciertamente “la maravilla de ello” está en la muerte vicaria de Cristo!

A aquellas personas de la humanidad que están predestinadas a la vida, Dios, antes que fuesen echados los cimientos del mundo, conforme a su propósito eterno e inmutable, y según el consejo y beneplácito secretos de su voluntad, las escogió en Cristo para la gloria eterna nada más que por su gracia y amor gratuitos, sin previsión alguna de fe o buenas obras o perseverancia en ninguna de ellas, ni ninguna otra cosa en la criatura, como condiciones o causas que le movieran a ello, y todo para alabanza de su gloriosa gracia.

Con respecto al resto de la humanidad, según el inescrutable consejo de su propia voluntad, Él extiende o retiene la misericordia tal como le place. Si partimos del principio que todos estamos condenados, la elección para salvación es claramente un regalo que Dios dispensa de conformidad con su voluntad. Es por gracia, esto es, otorgado sin mérito alguno.

Unos asuntos más no deben omitirse:

- a. Los perdidos reciben muchas bendiciones, que no provienen del decreto de reprobación, sino de la bondad y gracia de Dios. Reciben muchos dones naturales: vida, salud, fuerza, comida, felicidad, etc. También en lo que respecta a ellos, Dios no se deja a sí mismo sin testigo. Los tolera con gran paciencia. Hace que el evangelio de su gracia les sea proclamado y no tiene placer en su muerte
- b. Caín fue un perdido. De esto no puede haber dudas. Sin embargo, ¡cuán tiernamente le habló Dios!
- c. Hay un problema que debe ser enfrentado. Los credos reformados, según se ha demostrado ya, parten de una posición, según la cual las personas que fueron destinadas a la gloria fueron escogidas del estado de pecado y destrucción al cual ellas mismas se habían lanzado y las que fueron destinadas a la perdición fueron dejadas, por el decreto de Dios, en ese mismo estado. La pregunta que se impone entonces es: “¿Por qué permitió Dios que la caída tuviese lugar?”

A esa pregunta no hay respuesta, a no ser que sea:

Deuteronomio 29:29

Las cosas secretas pertenecen al Señor nuestro Dios, pero las cosas reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre ...”

Job 11:7-8

¿Descubrirás tú los secretos de Dios? ¿Llegarás a la perfección del Todopoderoso? Es más alta que los cielos: ¿qué harás? Es más profunda que el seol: ¿cómo la conocerás?

7. Dios y su soberanía

¿Qué, pues, diremos? ¿Que hay injusticia en Dios? ¡De ninguna manera!, pues a Moisés dice: «Tendré misericordia del que yo tenga misericordia y me compadeceré del que yo me compadezca».

El apóstol anticipa una objeción, ya sea de parte de un oponente o de aquellos a quienes se dirige; de hecho, aun quizá la posible objeción que podría surgir en la mente de cualquiera. En lo referente al resto del versículo, se han propuesto dos interpretaciones.

- a. Según la primera, el significado es el que sigue: Surge la pregunta, “Cuando Dios eligió a Isaac en vez de Ismael, y cuando eligió a Jacob en vez de Esaú, haciendo conocer su decisión a la madre de ellos aun antes nacer los mellizos o que hubieran hecho algo bueno o malo, eso no pueda haber sido injusto, ¿verdad?” Según esta interpretación, Pablo responde, en suma, “De ningún modo, ya que ese es el modo de actuar de Dios, como es claro de

lo que él dijo a Moisés y a Faraón”. Pero si se la interpreta de esta manera, la respuesta no tiene mucho sentido. Sería como decir: “Dios no es injusto, ya que ¡esa es la manera en que Dios acostumbra hacer las cosas!”

- b. Según la segunda, el significado es este: “Pablo, al razonar como lo hace sobre la soberanía de Dios, ¿no estará quizá haciéndole injusticia a Dios, sacando conclusiones de los pasajes (respecto a la simiente de Abraham y a los mellizos de Rebeca) que no está autorizado a sacar?” La respuesta es, entonces: “De ningún modo, ya que, al hablarle a Moisés, Dios ha declarado inequívocamente que él tiene derecho a mostrar su misericordia y compasión a quien él quiera”. Lo que el apóstol declara, entonces, es que cuando subraya la doctrina de la soberanía de Dios, él simplemente está diciendo lo que Dios mismo también ha dicho.

8. La voluntad soberana de Dios

Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia...

Ni la voluntad del hombre ni su esfuerzo producen la salvación, Dios lo hace. La elección, y por consiguiente también la salvación, es un asunto de la voluntad soberana de Dios. Igualmente final es la reprobación.

9. Faraón como instrumento

...porque la Escritura dice al faraón: «Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra.

Visto que este pasaje es presentado como una cita directa, como el mensaje de Dios mismo a Faraón, un mensaje transmitido a dicho rey por Moisés, y registrado en la Escritura— notemos la introducción “la Escritura dice”— es aconsejable estudiar el texto en que el mismo fue primeramente registrado.

El contexto nos demuestra que había habido seis plagas en Egipto: el agua transformada en sangre, ranas, piojos, moscas, plaga en el ganado, úlceras en la gente y en los animales. Iban a haber cuatro más: granizo, langostas, tres días de tinieblas intensas y la muerte de todos los primogénitos de Egipto. Entre la sexta y la séptima plaga Dios le ordenó a Moisés decirle a Faraón:

Éxodo 9:15-16

Por tanto, ahora yo extenderé mi mano para herirte a ti y a tu pueblo con una plaga, y desaparecerás de la tierra. A la verdad yo te he puesto para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado en toda la tierra.

Por consiguiente, no hay razón para interpretar nuestro texto de modo diferente. Que Dios ciertamente cumplió su propósito de demostrar su poder en Faraón, para que su nombre (el de Dios) fuese proclamado en toda la tierra, está claro. Estos pasajes comprueban que lo que Dios hizo en Egipto con Faraón y su pueblo causó una profundísima impresión en las mentes y corazones de generaciones posteriores. Aun hoy en día cuando en el hogar, en la escuela dominical, en la escuela cristiana o en la iglesia, se narra la historia de las diez plagas, o cuando se lee dicho relato, ¿no son proclamados el nombre y la grandeza de Dios?

Es claro que cuando Dios endurece el corazón de una persona que se ha endurecido contra su Hacedor, Él no puede ser acusado de ser injusto. Sea que Dios realmente haga esto o que en lugar de ello muestre misericordia es algo que está más allá del poder de decisión de esa persona o de nosotros. Es un asunto que le corresponde a la propia voluntad, al poder y al decreto eterno de Dios. Es tal como se dice en el siguiente versículo.

10. Expresión de su soberanía

De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece

¡Una expresión notable de la soberanía de Dios! No hay razón para dudar que el endurecimiento del cual Faraón fue objeto era final. Era un eslabón en la cadena: reprobación—vida malvada—endurecimiento—castigo eterno. Esto no significa, sin embargo, que el endurecimiento divino es siempre final. Puede ser temporal también para lograr un propósito divino y luego ablanda los corazones para que se entreguen a Él. Él hace conforme a Su voluntad todas las cosas.

11. Conclusión

Como demostración de esta verdad cita Pablo dos ejemplos de la historia de Israel, y los refuerza con citas bíblicas:

- a. Abraham tuvo dos hijos: Ismael, que le nació de la esclava Agar, e Isaac, que tuvo con su esposa Sara. Los dos eran igualmente descendientes de Abraham. Cuando les nació Isaac, Abraham y Sara eran ya de edad avanzada; tanto es así que humanamente hablando, ya era imposible que tuvieran un hijo. Cuando Isaac era muchacho, un día Ismael se burló de él; a Sara le dio tanta rabia, que le pidió a Abraham que echara de casa a la esclava y a su hijo, para que Isaac fuera el único heredero. Abraham no quería; pero Dios le dijo que lo hiciera, porque sería la descendencia que tuviera a través de Isaac la que preservaría su nombre.

Ahora bien: Ismael había nacido por un proceso humano natural, mientras que Isaac había nacido en cumplimiento de la promesa de Dios. Fue al hijo de la promesa al que se le concedió transmitir la herencia de la elección de Dios. Aquí tenemos la prueba de que

no todos los descendientes naturales de Abraham se pueden considerar elegidos. Y dentro de la nación siguió manifestándose la selección y elección de Dios.

- b. Pablo pasa a citar otro ejemplo. Cuando Rebeca, la mujer de Isaac, estaba embarazada, Dios le hizo saber que iba a tener mellizos que serían los patriarcas de dos naciones; pero que, en el tiempo venidero, el que naciera primero serviría y estaría sometido al segundo. Cuando nacieron los mellizos, Esaú nació primero y sin embargo la elección de Dios recayó en Jacob; y fue por la línea de Jacob por la que Dios siguió llevando a cabo su plan. Para remachar bien su argumento, Pablo cita Madaquías 1:2s, donde Dios le dice al profeta: “He amado a Jacob y aborrecido a Esaú”.

Pablo sostiene que ser judío es más que formar parte de la descendencia física de Abraham; que el pueblo escogido no es meramente la suma de los descendientes de Abraham, sino que en esa familia se lleva a cabo un proceso de selección a lo largo de la historia. Hasta aquí, un judío aceptaría el argumento de Pablo. Los árabes son los descendientes de Ismael, que fue hijo de Abraham; pero a los judíos no se les pasaría por la cabeza decir que los árabes pertenecían al pueblo escogido. Los edomitas eran los descendientes de Esaú fue es lo que quería decir Malaquías, y Esaú fue tan hijo de Isaac como Jacob su mellizo; pero a ningún judío se le ocurriría decir que los edomitas tenían parte en el pueblo escogido.

Desde el punto de vista judío, Pablo ha demostrado su argumento: había un proceso de elección que se estaba llevando a cabo en la familia de los descendientes de Abraham. Pablo añade que esa selección no se basa en las obras ni en el mérito. La prueba está en que Jacob fue elegido y Esaú rechazado antes de que naciera ninguno de los dos, cuando estaban en el seno materno.

Este argumento sigue siendo válido y concluyente para un judío. Y hasta para nosotros, una gran verdad surge del corazón de este argumento: Todo es de Dios; detrás de todo está Su obrar; aun las cosas que parecen arbitrarias y fortuitas tienen en Él su origen. Nada en el mundo va a la deriva.

Ahora Pablo sale al paso de las preguntas y objeciones que surgen en nuestra mente. Ha dicho que el proceso de selección y elección ha seguido su curso a lo largo de la historia de Israel; ha hecho hincapié en el hecho de que la elección no se basa en ningún mérito humano, sino exclusivamente en la voluntad de Dios.

Nuevamente cita dos ejemplos para demostrar su afirmación, y los refuerza con citas bíblicas. El primer ejemplo está tomado de Éxodo 33:19. Moisés está pidiendo una prueba defi-

nitiva de que Dios está realmente con el pueblo de Israel. La respuesta de Dios es que Él tendrá misericordia de los que tenga misericordia; es decir, le dice a Moisés que confíe y deje la cosa en Sus manos, porque Él sabe lo que hace. Su actitud de misericordia hacia la nación depende exclusivamente de Él mismo.

Y el otro ejemplo está tomado de la batalla para la liberación de la esclavitud de Egipto y el poder del Faraón. La primera vez que Moisés fue a pedir la libertad, advirtió a Faraón que Dios le había colocado en el escenario de la historia para demostrar Su divino poder y servir de ejemplo a la humanidad de lo que sucede a los que se oponen a Dios. Pero esto no quiere decir que Faraón no fuera más que una marioneta. Dios le advirtió, pero Faraón escogió no hacer caso.

Cuando llegamos al fondo de la cuestión, vemos que conserva una gran verdad. Es imposible pensar en la relación entre Dios y el hombre en términos de justicia, entendida ésta en los términos de nuestra experiencia humana limitadísima. El hombre no puede nunca tener ningún derecho ante Dios. La criatura no puede pretender nada ante el Creador. Sea cual fuere la justicia que se aplica, la respuesta es que el hombre no merece nada ni puede pretender nada. En el trato de Dios con los humanos lo esencial son Su voluntad y Su misericordia... nada más.

Basado parcialmente en el comentario bíblico de William Hendriksen y de William Barclay
Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995

